

Una deidad atormentada del siglo diecinueve: la poesía de la mujer*

Francisco Valero Becerra

Decir que sor Juana Inés de la Cruz haya sido baluarte de hispanidad y primera voz de las letras del Nuevo Mundo, es, para quien nació en América, recontrarse después de lo prehispánico en su primer aporte a la cultura universal. Después de Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana, para la mujer habrían de transcurrir más de cien años de silencio.

Es en este sentido que se debe apreciar la obra de José María Vigil cuando, en 1893, publicó el volumen *Poetisas mexicanas*, antología que recoge gran parte del estro femenino disperso en los corrillos literarios de entonces. Donde deambulaban algunas divas, poetisas y recitadoras, especie de seres deseados y malditos que se atrevían enfrente de otros a mostrar el producto de sus horas atormentadas o en compañía sólo de un recuerdo, una pluma o un lápiz y un papel. Y con el deseo expreso de soñar, sin esperanza de gratificación alguna. La mayor parte de las veces sin siquiera la ilusión de ver publicados sus versos en un libro. Ellas fueron educadas a saber que esto de escribir poesía y hacerla circular, es más cruel para una mujer que para el hombre... provocaba el señalamiento y la segregación de todo el mundo. ¿Mostrar este trabajo? Sólo a escondidas y en medio de gente igualmente confesa de sus tormentos.

Sor Juana, quien vivió en la segunda mitad del siglo diecisiete, se procuró una celda para vencer la iniquidad de los «hombres necios...» Así lograría escribir y así crear y conquistar con su genio al mundo. Las que no pudieron ser poetisas en los ciento y pico de años posteriores, de seguro se hallarían con este recurso cancelado, porque monjas siguió habiendo, pero ninguna subsecuente *sor alma mujer iluminada engrandecida por las letras*. Reprimida por las normas sociales y resignada a ocupar sus ocios en las llamadas «labores afines a su femineidad», la mujer que sucedió a sor Juana en los lindes de la poesía si acaso se prestó a servir como «musa» en infinitas ocasiones (y hasta llegó a la celebridad en estos menesteres, por ejemplo, Rosario de la Peña: la de Acuña), al tiempo en que olvidó el don natural que tanto hombres como mujeres tienen para las elevadas dotes de la inteligencia. O no lo olvidó, mas se siguió valiendo de éste sólo para escribir —como alguien ha señalado— ñoños y mínimos asuntos.

Al atravesar la segunda mitad del siglo diecinueve, acaso hayan sido el *liberalismo* elevado a sistema, o las nacientes teorías del *comunismo* y el *positivismo* o a saber qué otro *ismo*.



El tiempo tiene miedo #7
almolove México
Sep. 1995

Lo cierto es que en México, a partir de Isabel Prieto de Landázuri (1833-1876) se hizo presente de nuevo el dictado femenino en la literatura. En España, por esas fechas, surgió la voz de la gallega Rosalía de Castro (1837-1885). Poco antes en Cuba (1814-1873) la de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Y así al correr sucedáneo de esos tiempos decimonónicos, en México, la de dos jóvenes que daría Vigil a conocer en su antología: Laura Méndez de Cuenca (1853-1928) y Josefa Murillo (1860-1898).

Mujeres poetisas mexicanas del siglo diecinueve debe haber otras, poco estudiadas en verdad, acaso merecedoras de elogios como los anteriores. Se conoce la obra de María Enriqueta

Francisco Valero Becerra. Poeta. Autor de, entre otros títulos, *In memóriam* (1991) y *Utopía / No hay indicios que corran electrizados por tus venas* (1992).

* En el libro *Incidencias de viaje y Raya en el agua*, próxima publicación del Instituto Mexiquense de Cultura.



Camarillo de Pereira (1875-1968), quien aportó además de su poesía el libro *Rosas de la infancia*, a los educandos de muchas generaciones en el país. Se conoce, muy poco, a Dolores Puig de León, tabasqueña (1856-1921) y en general lo que produjo la provincia. De Josefa Murillo, netamente una flor de provincia, sí sabemos algo, en gran medida por la noticia de que de ella trajeron a la capital sus amigos veracruzanos escritores” ...*Pepilla era morena y hermosa y sin embargo, no tenía entonces más que un novio que le hacía versos: el Papaloapan*, escribió Ignacio M. Luchichí. Cayetano Rodríguez Beltrán, con el gran dolor que sentía, organizó el *Homenaje Nacional* a Josefa Murillo un año después que ella murió. Un libro que es testimonio de grandeza, de ella y de muchos. De ella, porque en la mayor parte de esas páginas se compiló por primera vez su poesía. Y de los muchos que allí mismo imprimieron una reflexión con una ofrenda al ser ungido tan pronto por los dioses.

Ella, la poetisa romántica tlacotalpeña que había escrito:

*¡Huid, sueños de amor...! ¿A qué lanzarme
tras de visiones plácidas,
si el negro desengaño se interpone
y hondo pesar nos causa?*

*¡Huid...! Si al ausentarnos de mi pecho
la vida se me arranca,
no importa... ¿Para qué quiero la vida,
si ha muerto la esperanza?*

*Sólo anhelo morir, y, para siempre,
sepultarme en la nada...
Si nunca he de alcanzar el bien que adoro,
¿para qué quiero el alma?*

Toda su historia es la de un idilio roto representado en el duelo

por la defunción de una amiga íntima y la del hombre amado. Entonces era una chiquilla. Nunca dejó su pueblo. De negro se vistió desde aquellos días hasta su muerte y los motivos de su canto fueron nada más que las palmeras, el río Papaloapan a cuya vera vivía con su familia en *la casita blanca*, el mar, las luciérnagas, los pájaros y el follaje. No tenía ni necesitaba otro tema al qué cantar que a su quebranto prematuro. Toda su obra cabe en un magistral pequeño libro.

Y Vigil, esto era lo que de ella conocía. La historia que narraban sus amigos que desde aquella lejana y feraz huasteca llegaban a la capital. Y hablaban de la poetisa como quienes han visto a una diosa recitar sus lamentos.

Y así, pronto se vio ella publicada también en la metrópoli, primero en el periódico *El siglo XIX* y finalmente en la antología de *Poetisas mexicanas*.

*Amor, dijo la rosa, es un perfume;
amor es un murmurio, dijo el agua;
amor es un suspiro, dijo el céfiro;
amor, dijo la luz, es una llama.*

*¡Oh, cuánto habéis mentido!
Amor es una lágrima.*

La alondra de Sotavento, como tal se le conoció. La que llegó y se fue con el misterio en que los augures fincaron el genio en su estampido.

*Así te espero, humano sufrimiento.
¡Ay! ni cedes, ni menguas, ni te paras:
Alerta siempre y sin cesar hambriento.*

*Pues ni en flaqueza femenil reparas.
No vaciles, que altiva y arrogante
despreciaré los golpes que preparas*

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA

Distinta en su expresión, pero hermanada con Josefa Murillo en el aliento decimonónico, es Laura Méndez de Cuenca. Mujer con voz de quebranto y apasionada y de protesta y de lucha. La que asimismo llegó a brillar dentro del magisterio y como diplomática. Mexiquense, eso también como sor Juana, vio la primera luz en Amecameca, se mudó posteriormente a la capital de la república y allá —hay que decirlo— vivió un tormentoso amasiato con el poeta coahuilense Manuel Acuña, pacto que se retrata en la mejor poesía de los dos. Meses antes del suicidio de Acuña, Laura dio a luz a su hijo, Manuel Acuña Méndez, el que sobrevivió apenas un mes y días a esta hora trágica de México. El también célebre escritor Agustín F. Cuenca, amigo de la pareja desdichada, borró el escándalo cundido en la hipócrita sociedad del siglo diecinueve al casarse con la poetisa.

Lo anterior, todo expresado así de corrido en forma de crónica, tiene el objeto de que se contemple la terrible condena que acompañó a esta gran mujer, opresa en los separos irrestrictos de una sociedad regida por prejuicios religiosos y varones inconscientes. En 1884 quedó viuda. Empezó entonces a perseverar en la vida pública hasta ganarse un gran prestigio. Hasta morir en la ciudad de México a la edad de setenta y cinco años. Reconocida finalmente, sus restos reposan en Toluca en la Rotonda de los Hom-
bres Ilustres del Estado de México.

*Le dimos a la tierra
los tintes del amor y de la rosa*

A Laura. Resignación. Se oyen voces en la obra de Acuña dedicadas a ella, a la amante, a la mujer, a la poetisa.

Y cuando se tiene el cuidado de buscar en papeles carcomidos por el tiempo, se oyen también y se separan:

Siempre vivas

A la memoria de Josefa Murillo

Ya no más en los bosques de palmeras
de tu tierra natal,
las notas de tu canto peregrino
los pájaros oirán.
Cuando la luna misteriosa y triste
hasta el fondo del mar,
a bañarse descienda entre delfines
y bancos de coral,
cual otras veces sus glaciales rayos
a tu alcoba entrarán
a acariciar tu frente pensadora
y allí, no te hallarás:
Muda la alcoba, abandonado y solo
el lecho virginal;
los seres que te amaron, sollozando
en duelo y orfandad;
todo callado, fúnebre y sombrío
para nunca tornar,
que alzaste el vuelo de la tierra impura
diciéndonos está.
Las flores que tus manos cariñosas
en la tierra feraz
cultivaron, son gala todavía
del huerto tropical,
pero ya ni perfuman tus cabellos
ni engalanan tu hogar:
Otras manos piadosas las recogen,
las atan con afán,
y a tu sepulcro, en lágrimas bañadas
las van a colocar.
¡Oh, musa del amor y la poesía!,
¿en dónde, en dónde estás?
¿Llegan a ti las quejas que prorrumpe
la pobre humanidad?
¿Por un afecto inalcanzable y puro
tu espíritu quizá
ligado se halla a la terrena vida
para siempre jamás?
Laureles de la fama y de la gloria,
si no valéis, ¡pasad!:
La amada ausente que en nosotros vive,
¡no os necesita ya!

1899, notas elegíacas, *Homenaje Nacional*, la autora de este canto, Laura Méndez de Cuenca, a entre páginas exhorta.Δ